

Ramón Galí

HYPATIA
Y LA ETERNIDAD

es
ediciones



Hypatia y la Eternidad

© Ramón Galí, 2009

www.ramongali.com

© Actis production S.L., 2009

Es ediciones

C/ Argumosa, 37- 3J

28012 Madrid

Teléf.: 915 308 554 - Fax: 913 281 032

www.esediciones.es

info@esediciones.es

*A ti, abuela.
Esa niña eterna,
que baila y baila.*

Diseño de colección y portada: Alejo Ruocco

Servicios editoriales: Actis

ISBN: 978-84-936773-9-8

Depósito Legal: XXXXXXXXXXXXX

Impresión: Creapress

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en España



*Si no se hubiera quemado la Biblioteca de Alejandría
ahora estaríamos... ¡en las estrellas!*

CARL SAGAN
COSMOS

*Si una vez cada mil años una golondrina pasara acariciando
con sus alas la superficie de una esfera de hierro del tamaño
de la Tierra, en el momento que, por la erosión infinitesimal,
la esfera hubiera desaparecido por completo
habría transcurrido el primer segundo de la Eternidad.*

J.P. GORTÁZAR



EL ESPÍRITU ETERNO E INDESTRUCTIBLE

SOY HYPATIA DE ALEJANDRÍA, SOY ETERNA. Soy eterna porque acurrucada en los pliegues del tiempo, y tras mi brutal asesinato, vencí a lo único que parece irreversible: vencí a la muerte.

¿Quieren saber qué sucede cuando nos liberamos del yugo de la materia? ¿Creen que la muerte es el fin, más allá de nuestra descendencia, más allá de nuestras obras? Yo también lo creía, desde el punto de vista de un ser lógico, de una matemática y astrónoma, de una filósofa. Pensaba, mitad racional, mitad lírica, como al contemplar la maravillosa geometría de un copo de nieve tras una lente, que al fallecer pasamos a estar escritos con polvo de estrellas. Y allí, integrando los astros, es donde están todos: nuestros abuelos, padres, hijos, hermanos, amigos, aquellos que amamos. Pero en verdad, ¿dónde están ellos ahora?

Desde el máximo respeto que me inspiraban, no abracé ninguna religión; siempre acuñé Ciencia y Dios en el anverso y reverso de la moneda. Pero admito que en dicha concepción numismática pesaba más el lado racional. Por ello, antes estaba

convencida de que las cien mil generaciones que nos precedieron con sus sueños y sus ilusiones ahora no eran más que materia cósmica inanimada. Si no negué ni afirmé a un Ser Supremo fue por falta de datos científicos que avalasen su existencia. Sí, sí, admito que es errado de origen este planteamiento mecanicista. Reconozco también que una figura divina sería tan fabulosa, su inteligencia tan inconmensurable que ningún mortal podría entenderla, siquiera identificarla. Ningún mortal podría asimilar conceptos como el Infinito y la Eternidad. ¿Hay, pues, alguna entidad que vele para que no se pierda una brizna de aquello que fuimos? ¿Son las propias leyes físicas del cosmos las que se encargan de tan elevada empresa?

Como científica, pensé siempre que solo disponíamos del tiempo en la Tierra para amar, para soñar, para aprender. Confieso que siempre tuve dudas razonables, pero no solo las que me suscitó la religión sino la lógica: al morir nuestra carne se desintegra, nuestro ser desaparece, pero, ¿en qué pergamino de qué sabio de la Atenas de Pericles está escrito que nuestros pensamientos, recuerdos, emociones estén fabricados con materia física o la precisen para cabalgar sobre ella?

Esta es la historia de un fabuloso viaje, a través del tiempo y del espacio, en busca del conocimiento humano. Es el relato de una singladura fascinante por los sinuosos meandros de la Historia; aunque debo advertir que es muy diferente a la que conocieron. Intuía que si la humanidad conseguía coronar la cumbre del Conocimiento yo también entendería en qué me había convertido, qué es lo que se esconde detrás de la muerte, y si existe Dios. La eterna batalla entre el Bien y el Mal está muy presente en este viaje y, por supuesto, en mi asesinato. Deslumbrante Saber y Terrorífica Ignorancia. Lo cierto es que el Mal siempre ha estado allá afuera, medrando en la oscuridad desde la noche de los tiempos. Si me acompañan en este viaje en pos del saber nos esperan penosas tribulaciones, ríos de

lágrimas, océanos de sangre, universos de dolor. Caso de que sobre ¿vivamos?, en menos de dos milenios habremos concluido nuestra misión.

Soy eterna porque acurrucada en los pliegues del tiempo vencí a la muerte.

¿Quieren saber cómo fue?

Retrocedamos entonces al momento exacto cuando sucedió.

**CRÓNICA DE UNA INFAMIA
O JESUCRISTO VERSUS PLATÓN
(marzo de 415)**

*Entonces yo, Hypatia de Alejandría, hija del astrónomo Teón,
me acerqué al oído del monje y susurré unas palabras
con la intención de que modificaran el curso de la historia humana.*

I

DICEN QUE LOS ÁRBOLES sueñan con el lapislázuli del mar, con su turquesa cambiante mientras los humanos soñamos con el mañana. Pero, ¿y cuando alguien tiene la certeza inequívoca de que el futuro nunca existirá? Mi nombre es Hypatia de Alejandría, y hoy iba a morir despedazada a manos de una multitud enloquecida. Tenía poco tiempo, aunque estaba serena. Mi mirada recorrió los pergaminos para confluír en el Gran Faro que enmarcaban mis ventanas. Corría convulsa, incipiente, la primavera del año 415 de nuestra era en la ciudad que me vio nacer, situada entre el mar y el lago Mareotis, junto a la boca oriental del Nilo.

Pensé que el apodado «el Magno» quizás se removería incómodo bajo el mármol. Y lo haría cuando intuyera desde su infierno el terrible crimen a punto de perpetrarse en la ciudad que fundó. Quizás desde su universo solo recordara a sus falanges macedónicas conquistando Persépolis y Babilonia. Quizás no tuviera tiempo para una humilde neoplatónica como yo. Quizás, desde ese lugar al que los creyentes piensan que van los muertos, él soñara que la luz azul de un crepúsculo celestial lo

despertaría de su primer sueño, quedando atrapado entre ambos por toda la Eternidad. Y eso eclipsa cualquier otra inquietud, me temo. A pesar de ello, en la soledad de mi habitación, invoqué de viva voz:

—¡Oh, Alejandro! Recuerdo al héroe en sus guerras contra los persas. Me gusta pensarte enarbolando el puño de oro y marfil de tu espada épica para defenderme. ¿Lo harás?

Nadie contestó. Luego, como para impeler a aquel deseo a cruzar el umbral de la realidad, seguí gritando:

—...Si así fuere, hoy me transfiguraría en Helena de Troya y una turba infame emularía al príncipe Paris.

Pero el muerto siguió muerto y yo, la muerta en vida, viviendo ya mi final de una inminencia sobrecogedora.

En aquella mañana inmóvil de colores difusos, reaccioné: al más Magno de los Alejandros y a esta sierva del saber nos separaban siete siglos. Nos separaban muchos hombres y mujeres; un mar de tiempo inabarcable que dejaba pequeño al *Nostrum* que bañaba mis costas alejandrinas. Tenía poco tiempo y mi belleza madura jamás podría acercarse a la sobrenatural de la troyana legendaria, de la que cuentan que incluso podría hacer regresar a los muertos de sus quehaceres en el Más Allá. Las lápidas permanecerían selladas. Nadie, ni los muertos, moverían un dedo para salvarme.

Para mí era el día del Juicio Final y tenía poco tiempo.

II

AQUELLA MAÑANA, última de mi vida, había despertado sudorosa en una habitación tapizada de volúmenes de Ovidio y Eurípides, Séneca y Esquilo. En alguno de los textos que allí descansaban rezaba el viejo aforismo: «Ni aun permaneciendo sentado el hombre junto al fuego de su hogar puede escapar a la

sentencia de su destino». A través de mis ventanas miré de nuevo el enorme cíclope de mármol blanco que guiaba los barcos hasta el puerto de Eunosos, en la isla de Faros. «Soy nadie», le dijo Ulises al ojo de Polifemo, dejando atrás cualquier vestigio, cualquier prejuicio cultural pretérito. ¿Qué podía decirle a mi particular gigante pétreo? Él y yo compartíamos el Gran Secreto...

Entonces volví a recorrer con la mirada todos mis pergaminos y lloré amargamente con el llanto del que sabe que jamás vería otro atardecer incandescente, del que jamás contemplaría de nuevo el mar. Dicen que los árboles sueñan con sus olas y su azul cambiante así que cerré los parpados durante unos minutos para transformarme en uno de ellos. Entonces, como si nadie nunca pudiera cambiar un solo renglón del Libro del Tiempo, con el estoicismo que aprendí de Zenón y santificando la irreversibilidad de los ciclos históricos, asumí mi destino.

A continuación volví a hablar en voz alta:

—Mi mente es un reino y al futuro viajó, y allí de la realidad tomó notas. ¿O fue la realidad infinita la que se basó en mi recuerdo imborrable?

Después, más serena, guardé mis raíces de mandrágora. Tras asearme, me vestí con mi *tribón* de filósofa favorito, me perfumé con esencia de violetas y después de guardar con sumo cuidado un pergamino en el bolsillo, me dirigí al centro de la ciudad a buscar mi propia muerte.

Aquella mañana había despertado con esa certeza. Una premonición dibujada con la mano firme y gélida del dios de los muertos, hijo del titán Cronos y de la titánide Rea. Cuando salía de mi casa por última vez recordé como, hacía por lo menos una década, mi padre me había dicho:

—Desde tiempos del filósofo Isidoro se dice que los alejandrinos poseemos el don de la adivinación por medio de los sueños.

—Un regalo divino que ha sido glosado por Sinesio de Cirene, mi alumno más preclaro, en su obra *De insomniis* —respondí.

—¡Ten cuidado, Hypatia! —advirtió él—. La nave dorada del dios Tiempo rechaza a los viajeros que pretenden infiltrarse en un punto del trayecto que no les corresponde.

Cuando recibí a Sinesio para su supervisión nunca imaginé que yo misma poseería dicha capacidad anticipadora.

Volví con brusquedad de aquel recuerdo. Tenía que encontrar a alguno de mis amados miembros del *tetractys* pitagórico, de mis cuatro guardianes de la filosofía, para transmitirles una información vital de la que yo era única poseedora. Eso era quizás lo único que me inquietaba a medida que las arenas del tiempo descendían implacables por el cristal cónico.

III

EL RELATO DE MI CRIMEN, escrito con tinta homérica, alimentaría sin quererlo mi leyenda. Aquella infamia sería considerada la verdadera frontera entre la resplandeciente Antigüedad y las inquietantes centurias posteriores; Roma vivía en esos tiempos un crepúsculo sin mañana. La capital imperial había sido saqueada y zaherida por Alarico I, visigodo y tenaz, hacía un lustro. El suceso situaba al Imperio al borde de un abismo al que una burocracia insufrible y las guerras civiles terminarían de precipitar.

Algunas colonias soportaban ya el acoso bárbaro, pero Alejandría aún permanecía indemne, callada para que el monstruoso Caos no volviera su cabeza con lentitud, alertado de su presencia.

Allí, como en una burbuja ajena a la inclemencia exterior, había ejercido como matemática, astrónoma, docente y filósofa neoplatónica, además, de ser la última directora de la Biblioteca.

Dicha institución representó el más grande templo del saber que jamás existió, el *sanctasanctorum* del conocimiento hasta la Era de los Genios; y quiero pensar que fue administrado con sabiduría por mis predecesores. Al margen de mi conexión cósmica con la filosofía, la salvaguardia de ese templo se había convertido en la razón última de mi existencia. Sin embargo, al morir, aquella institución se transformaría en un mausoleo. La siniestra metamorfosis estaba a punto de acontecer.

Apreté el paso mientras cavilaba: ¿En qué piensa un ser humano cuando alcanza la orilla de su existencia? ¿En qué piensa cuando llega el borde de su abismo vital escuchando, tras la niebla, la voz de bronce del Cuarto Jinete? ¿En qué piensa cualquier ser cuando sabe que es un nexo que une lo finito con lo infinito, cuando ya se ve reflejado en las aguas de la eternidad?

El porqué o el cómo había llegado hasta allí era sencillo de entender. El patriarca Cirilo había urdido el asesinato motivado por mi alianza con Orestes, alumno mío, prefecto de Alejandría y máxima autoridad imperial de Constantinopla en la ciudad. El poder religioso del obispo discurría abiertamente enfrentado al poder político y la envidia de Cirilo se cocinaba a fuego lento dentro de las mazmorras que protegían sus férreos principios.

Un día comprobó que yo reunía en mi casa a los hombres y mujeres más ilustres del Imperio. Al pasar en su carruaje delante de mi vivienda vio una muchedumbre, y nobles caballos árabes atados en la puerta.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó, presa de unos celos corrosivos.

El empaque de senador romano que le confería su cabellera de plata, su perfecta barba también alba, su nariz recta y unos enormes ojos negros empezó a resquebrajarse cuando escuchó la respuesta:

—La hija del astrónomo Teón, Hypatia, nos hablará de Aristarco de Samos, de Hiparco de Nicea, de Eratóstenes de Cirene

y de Ptolomeo el egipcio y de cómo todos ellos descifraron el lenguaje del cosmos. Han llegado invitados desde Tebas, Antioquía, Cartago y hasta Damasco —le contaron.

—¿Pero quién es esa pagana y quiénes todos esos que le rinden pleitesía sin sonrojo? ¡Habla! —exigió.

—Algunos de sus oyentes y alumnos desempeñan altos cargos eclesiásticos e imperiales o se rumorea que lo harán, señor. Aquí, en la morada de su padre, ella aconseja y adoctrina a funcionarios, prefectos imperiales y gobernadores civiles de Egipto, a comandantes militares, a destacados líderes religiosos y a otros filósofos... todos ilustres prohombres y mujeres.

Cirilo sentenció:

IV

—PAGARÁ SU OSADÍA con la moneda de más valor. —Y, en verdad, me quedaba muy poco para consumir tan involuntario canje.

Mis oyentes me atribuían un discurso fácil, didáctico y ameno. Decían, aunque no lo creo, que era capaz de diseccionar las más alambicadas teorías y transformarlas en conceptos inteligibles hasta para las mentes más ajustadas. Desacertado es pensarlo, pero el caso es que fui considerada como una *rara avis* alejandrina. Contaba, eso sí, con el máximo respeto y afecto de todos los dirigentes municipales e imperiales. Al mismo tiempo, provocaba controversia por mis inquebrantables principios filosóficos. También los que me amaban decían que era muy rápida e ingeniosa en mis argumentos, y que desarmaba de forma demoledora a quien osara retarme en el terreno dialéctico. Dichas exageraciones forman parte de la leyenda, y estoy recordando el tipo de anécdota que quizás la alimentó. En una ocasión repliqué insolente al prefecto Aureliano:

—Tus palabras caducas, por no decir caducifolias, como hojas en otoño, no son nada más que flatulencias retóricas. Tu sonrisa es ácida, soluble, romana. No puedes sostener con ese aspecto de «yo solo pasaba por aquí» que *mi* filósofo Plotino ha hecho menos por la humanidad que el patriarca Cirilo. Mañana cuando tus palabras sedimenten sobre tu sentido común, te mirarás a un espejo roto viéndote tal y como te sientes. Mientras mi querido neoplatónico alcanzó el éxtasis divino por dimanación, tu querido obispo lo ha conseguido por difamación.

—Bueno, ciertamente, yo solo pasaba por aquí —me había respondido Aureliano entre humilde y jocosos, consciente de que por mi sangre galopaban cien corceles salvajes. El mito, desde nuestros ancestros, forma parte de la idiosincrasia humana. Necesitamos referentes y me temo que me convertí en uno sin buscarlo, sin deseárselo y sin merecerlo.

V

ERA CONSCIENTE de que disponía de muy poco tiempo para encontrar a mis discípulos. Si no actuaba rápido el secreto moriría conmigo y eso sería terrible para todas las generaciones venideras. Consagraría lo poco que me quedaba de existencia a intentar transmitirlo. En una intersección me dirigí, resuelta, hacia el centro de Alejandría.

Todo iba a acontecer durante la Cuaresma del año 415, en el cuarto año del episcopado de Cirilo, bajo el décimo consulado de Honorio y el sexto de Teodosio. Una muchedumbre infame y enloquecida, formada por monjes y parabolianos, el brazo armado del patriarca, buscaban a la pagana. Cirilo había difundido un rumor calumnioso:

—¡La idólatra Hypatia practica deleznable ritos de magia negra y artes satánicas!

Los hijos intelectuales de la Hélade ya habían vivido hacía tres décadas su infierno particular en Alejandría, bajo el puño de hierro del predecesor de Cirilo, que se había embarcado en una campaña contra el paganismo atacando el Serapeo, el templo de cultos no cristianos de la ciudad. Allí se atrincheraron los adoradores de dioses griegos, profesores de filosofía, de lengua y de literatura clásica. Y lo hicieron enarbolando un inasible politeísmo frente al muy tangible filo de las espadas imperiales. La estatua de Serapis que presidía el templo fue convertida en pedazos. El dios que aunaba atributos griegos y egipcios cayó sin que Cervero, el perro de tres cabezas que guarda las puertas del infierno, pudiera hacer nada por protegerlo. Algunos sacerdotes escaparon a Constantinopla.

Los ecos de las revueltas alcanzaron los oídos del emperador Teodosio I que, una mañana, tras acariciar a sus perros, ordenó:

—Masacrad a los siete mil insurrectos de Tesalónica. Y vetad los Juegos en todo el Imperio. Desde hoy queda prohibida toda práctica pagana en Alejandría.

Yo evité implicarme en los disturbios al no compartir los ideales de los filósofos de a pie, y dije a mis discípulos:

—Este helenismo religioso con sacrificios a los dioses y ceremonias nocturnas no comulga con nuestros principios. Nosotros abogamos por un helenismo cultural.

Y por eso vivimos aquellos años turbulentos, admito no sin cierto remordimiento, desde nuestro trono de marfil. Pero una figura clave en la historia de Alejandría estaba a punto de irrumpir en escena.

VI

EL NUEVO OBISPO CIRILO, nada más enarbolar el cetro patriarcal, masacró a los novacianos, herejes que defendían la pureza casi enfermiza de las costumbres cristianas. Después de

expulsar a los heterodoxos, confiscó sus objetos litúrgicos y cerró sus iglesias.

Sin tiempo para decir amén se dirigió contra los judíos. Aquel hombre ambicioso, en su batalla por la integridad de la fe, cercenó sus poderes e infiltró un confidente entre ellos destinado a provocar disturbios entre ambas concepciones religiosas que culminaron en el saqueo de la sinagoga y el ostracismo de muchos hebreos. La comunidad religiosa había vivido en la ciudad, con relativa calma, desde tiempos de Alejandro Magno.

Después de esto, y para ejercer más presión contra el prefecto imperial, el obispo consiguió liberar a quinientos monjes cristianos de sus celdas de la ciudad de Nitria. El «ejército» de religiosos se manifestó contra el prefecto de Alejandría y una piedra, mal encarada, le alcanzó. Este, con indignación jupiterina, ordenó:

—¡Arrestad y torturad hasta la muerte al responsable de la trayectoria del proyectil!

El incidente envenenó del todo las relaciones iglesia-imperio y fue semilla de la planta carnívora de intolerancia que terminó devorando a todo y a todos... empezando por mí.

Mi apoyo incondicional y trasgresor al prefecto durante la crisis no contribuyó, precisamente, a preservar mi vida; todo parecía alinearse en mi contra. Los tiempos pretéritos ya arrasaban una maldición magnicida en la ciudad, quizá escrita por el espíritu de Alejandro o por el dios Plutón. El siguiente escarnio tendría lugar este mismo día. Hoy.

VII

CAMINÉ POR las amplias avenidas de Alejandría creyendo escuchar el ruido de los sables pues desde la expulsión de muchos judíos, cristianos y hebreos andaban enfrentados.

Angustiada, surqué calles antes suntuosas, jalonadas por columnatas, más elocuentes por lo que callaban que por lo que decían.

Desde los tiempos de Zenódoto de Efeso, Apolonio de Rodas, Eratóstenes de Cirene o incluso mi propio padre, todos los directores de la Biblioteca habíamos ido transmitiéndonos el Gran Secreto y era consciente de que me quedaba poco tiempo para hacerlo.

Apreté el paso hacia el céntrico y semidestruido barrio del Bruquión, donde se hallaba la Biblioteca; me pregunté si encontraría allí a alguno de mis discípulos. Quizá localizara a alguien en el pequeño almacén de pergaminos del Serapeo. Sin embargo, dudaba de que el sirio Olimpo se hallase en Alejandría; ahora era un acaudalado terrateniente de Seleucida y se decía que iba para obispo. Con Hesiquio tampoco tenía muchas esperanzas; en la actualidad ejercía de gobernador de la Alta Libia. Bastante tenía ya sobre sus espaldas sofocando revueltas. Qué lastima, pensé acariciando el pergamino de mi bolsillo, que mi amigo Sinesio de Cirene hubiese desaparecido; había formado, junto a los anteriores, el *tetractys* pitagórico, como decía, los celosos guardianes de los secretos de la filosofía. Aquel día le eché de menos más, incluso, que a mis adorados *San Platón* o *San Pitágoras*, a los que nunca perdoné que nacieran demasiados siglos antes que yo.

Mientras buscaba a mis discípulos seguí acordándome de mi amigo de Cirene, antes alumno. Sonreí al recordar el día que descubrí que Sinesio usaba un hidrómetro para la adivinación. Su impetuosa juventud le hacía sentirse, a veces, el centro del universo. Al final de una de mis clases de geometría divina le recomendé:

—Con extremo cuidado tira este aparato y construye un astrolabio.

Los ecos de la Teoría Geocéntrica de Claudio Ptolomeo y, en general, la ciencia de los astros siempre habían reverberado en casa, gracias al empeño de mi padre.

—¡Pero maestra! Yo...

Sin dejarle concluir, firme, pero con dulzura, repliqué:

—El estudio científico de los cuerpos celestes seguro que te proporciona muchas más respuestas sobre el espacio y el tiempo. No reinventes al sabio astrónomo, pues el orden de tres letras cambian por completo el carácter de su teoría: querido Sinesio, no es lo mismo geocéntrico que egocéntrico. Piensa en ello. «No hagas girar siempre tu pensamiento alrededor de ti mismo», decía Aristófanes de Atenas.

Lo cierto es que el malogrado Sinesio nunca pudo deducir con su instrumento las terribles profecías que los dioses habían puesto en mí durante el sueño. Los hilos luminosos que me ataban con esta realidad estaban a punto de quebrarse. De mi fusión con el conocimiento nació mi vida y ahora se acababa. Entonces lo vi a lo lejos.

VIII

YA DIVISABA la cúpula sustentada por ocho columnas del Faro cuando, por puro azar, topé con Ciro, hermano de Herculiano, mi antiguo alumno. Charlaba con otro funcionario municipal, y se alegró como siempre de verme. El otro servidor público, al reconocerme, se alejó discreto. Me limité, tras saludarlo, a preguntarle por él.

—Se halla en el Bruquión. Sé que deseaba acercarse a la pequeña biblioteca del Serapeo y allí tomar prestado un ejemplar de la antigua Biblia judía. Estaba inquieto y no supo decirme el motivo. ¿Qué está sucediendo, maestra?

Pero no le contesté, solo le di un fuerte abrazo en el que le transmití una pequeña porción de mi alma. Al alejarse volví la cabeza para regalarle una sonrisa al que, algún día, se convertiría en prefecto de Constantinopla.

Herculiano estaba bien relacionado, tenía trato familiar con miembros del gobierno y militares de alta graduación y ocupaba un puesto importante en la corte de Teodosio II. Sabía que estaba en la ciudad para mediar entre Alejandría y Antioquía, por disputas religiosas. De él, mi querido Sinesio siempre había dicho: «Es el mejor de los hombres, el hermano tres veces deseado». Sí, en ese momento me di cuenta: Herculiano era el hombre clave.

Noble, leal, discreto y con contactos influyentes, conocía a hombres muy poderosos y a eruditos de primer orden. Muchos de ellos habían sido estudiantes míos y se querían como una familia; eran una comunidad muy unida. Su nexa, su fuerza unificadora estaba representada por la solidez de los principios geométricos de Euclides y por un lema: «Bajo el signo de Hypatia», lo que me ruborizaba y honraba a partes iguales.

Herculiano, según su hermano, andaba ese día nervioso; quizá su sexto sentido le había anunciado que algo terrible iba a suceder. Conociéndole, si hubiera imaginado lo que se cernía sobre su antigua profesora hubiera derramado su sangre egipcia para impedirlo.

—He leído con Sinesio al filósofo Jámblico y sus elementos místicos me han hechizado de nuevo —me comentó la última ocasión que coincidimos—. La sensación que he tenido ha sido de enorme nostalgia. ¡No te imaginas cómo echo de menos tus clases!

—Ya sabes que, salvo cuando eligen a la figura de la circunferencia, los acontecimientos se disponen en una estructura irreversible en forma de flecha, querido Herculiano —repliqué recordándole el desgaste de la existencia.

—Eso me temo, maestra. Quiero que sepas que «Bajo el signo de Hypatia» no es un mantra que repito como un lema vacío, sino una máxima que gravita sobre mí. Llena de contenido y sentido mi vida.

—Sí, si todo el mercado te contempla atónito por el símbolo que flota insólito, ingrátido, encima de tu cabeza —bromeé en aquella ocasión antes de marchar.

Regresé de aquel dulce recuerdo. ¿Qué misterioso embrujo nos hace infravalorar el presente cuando es luminoso y luego añorarlo de forma insufrible?

Tenía que encontrar a ese hombre. Ya.

IX

LA ENORME FRANJA que era Alejandría se tornó demasiado extensa para mí: inmensas avenidas de mampostería y mármol, estatuas dormidas y obeliscos inermes, jardines y ágoras, gastados mosaicos, grandiosos edificios administrativos y magnos palacios se me antojaron interminables. El exceso pétreo se tradujo en un pertinaz dolor de cabeza. Con las prisas y la excitación había subestimado las distancias de la ciudad. Desconocía el momento exacto del desenlace fatídico así que decidí alquilar un carruaje, por un cuarto de talento, para desplazarme.

Quizás aquella fue una de las más desafortunadas ideas que tuve en toda mi vida.

En sus momentos más gloriosos, poco antes de su declive, Alejandría se había convertido en la equivalente a la Atenas del siglo V antes de Cristo. Pero ahora me encontraba prisionera en la jaula de oro que algún día fue.

—Bruquión, por favor.

El viejo templó al jamelgo mientras se apoderaba de mí un pensamiento: nadie podría reconducir una situación que al Estado y a la Iglesia se le había ido de las manos. Mediaba entre ambos un abismo de incompreensión que, sin duda, desembocaría en sangre y fuego. Eso en cuanto a lo doméstico, porque en el exterior los pueblos germánicos aporreaban las puertas del

Imperio Romano de Occidente y pronto las derribarían. La cabeza me punzaba como si esas puertas me hubieran caído ya encima. Alejandría se erigía como el último refugio, la mano de la lucidez que se agitaba angustiada en las arenas movedizas de la confusión. Como matemática, la ecuación poseía una claridad meridiana:

CONFLICTOS INTERNOS + CONFLICTOS EXTERNOS = CAOS TOTAL

La ansiedad no tenía origen en la certeza de mi muerte. Mi objetivo no era salvar la vida, que daba por perdida. Ya vislumbraba entre la niebla la barca de Caronte, hijo de la Noche, y muy pronto tocaría las aguas de mi puerto. Mi objetivo era salvar la Biblioteca de la barbarie. Había deducido que, una vez acabaran con la «guardiana del saber», arremeterían contra el propio conocimiento simbolizado en los doce mil volúmenes que se conservaban desde el final de la dinastía ptolemaica.

El hombre que guiaba ducho al flaco caballo sorteó a otros carruajes, esclavos y comerciantes que evolucionaban por la Avenida Magna, como siempre había serpenteado yo entre los dogmas impuestos por la Iglesia o el Imperio. En ese momento recordé cómo había intentado, sin éxito, convencer al obispo Cirilo de las similitudes del pensamiento cristiano y el neoplatónico:

—Señor, es muy probable que *vuestro* Jesucristo y *mi* Platón, con Plotino como suplente, se enfrenten en complejos juegos de geometría cósmica allá donde estén. Quizás sentados sobre una estrella. El dios de los cristianos jugará con los ojos vendados y mis filósofos perderán siempre, a pesar de que todos los grandes hombres y mujeres del pasado les animen desde la grada y les susurren las jugadas.

Pero mi interlocutor, lejos de ser receptivo, fue abiertamente hostil. Los celos, la frustración y la envidia del patriarca ante mi popularidad eran afiladas conchas marinas y cortantes fragmentos

de cerámica en potencia. Al parecer, mis influencias y la autoridad moral que me había labrado durante décadas, ante las cuales Cirilo se sentía amenazado, habían despertado alarma y miedo en el clero. En aquella ocasión me contestó:

—¡Calla, gentil! Tus palabras son heréticas y tus poemas, desafortunados. El concepto laico de ascensión al cielo, hacia la divinidad, que propugna tu filósofo egipcio, pisotea las Sagradas Escrituras y luego defeca sobre ellas.

—¡Pero, señor, si hablamos de la misma Verdad contemplada desde las dos orillas!

Sin embargo, mis palabras eran combustible que alimentaba el fuego interior del patriarca. Las venas inflamadas de su cuello parecían a punto de estallar:

—¡Calla, calla, desgraciada! —En su respuesta percibí un odio casi material.

Disponía de escasos minutos hasta alcanzar el Bruquión. Exploré mis sentimientos, mis sensaciones y, al margen de la necesidad imperiosa de transmitir el Gran Secreto, encontré paz. Una paz interior atesorada durante décadas, esculpida por las plumas de los filósofos, forjada desde el amor que profesaba al conocimiento.

Mis principios habían hecho de mi castidad un modo de vida alternativo no siempre fácil de sobrellevar, lo admito. Las dudas siempre las guardé para mí y ahora, en esa recta final, afloaban de nuevo. ¿Era necesario renunciar a los placeres terrenos para alcanzar la Verdad? Salvo en algún momento, no había sentido la llamada de la carne. En el último capítulo de mi vida terrena experimentaba la serenidad interior que proporciona ser coherente con los principios. ¿Hay algo más importante en la vida?

Respecto al mundo que todavía me rodeaba un hombre, un antiguo alumno, iba a materializar con palabras, desde el otro lado del tiempo y volviendo de la muerte, mis propias inquietudes en unos instantes.

X

PRONTO PARTIRÍA hacia el más fabuloso viaje que realizó nunca ningún ser y que me haría salir de la misma historia humana. ¿Era ello posible? Extraje de mi bolsillo la última carta que me había escrito años atrás mi amado amigo, Sinesio de Cirene, antes de morir y me sumergí en el texto; quizás era la mejor forma de resucitarle para que estuviera conmigo en los últimos momentos:

*Cirene, Región Cirenaica, Valle de Djebel Akhdar
A 12 de febrero del año 412*

Mi theiotatos, mi santísima Hypatia:

En primer lugar he de decirte que mi devoción incorruptible por ti había declinado suavemente en los últimos tiempos por la ausencia de respuesta a mis misivas. Sin embargo, admito que he canalizado mi enfado, tal y como nos enseñaste, y su metamorfosis lo ha transformado en una dulce sinfonía de amor y apoyo incondicional. Interpreto que tu afán sobreprotector te hace mantener una prudencial distancia de los que amas porque intuyes que se ciernen sobre tu persona tiempos difíciles; no quieres que la desgracia que te envuelva pueda salpicar, de algún modo, a cualquier miembro de nuestra comunidad. En cualquier caso, necesito escribirte para, por un lado, manifestar mi preocupación por esos nubarrones que puedas ver en el horizonte y, por otro, para transmitirte mis propias inquietudes. Enmarco tus desvelos en el turbulento clima que se vive en Alejandría desde la llegada del nuevo patriarca. Temo mucho que los trabajos de Hércules queden nimios frente a la labor de reconducir la situación. Mi salud es ahora precaria, pero cuenta conmigo porque todo lo que soy te lo debo a ti. Me forjé en tu

fragua y me tendrás a tu lado si me necesitas, hasta mi último aliento. Estarás en mí incluso cuando me guiñe el ojo el dios Hades.

He tenido mucho tiempo para observar y reflexionar sobre las enseñanzas que nos transmitiste, las enseñanzas de toda una vida. Creo que a todos tus alumnos nos reunió la diosa Fortuna en una encrucijada, en un lugar y un tiempo excepcionales. Los secretos del cosmos, la permeabilidad a la belleza, la cuantificación de la divinidad, fueron misterios revelados por ti, nuestra guía verdadera. Reflexiono y recuerdo con enorme nostalgia, por ejemplo, tus clases de astronomía que más asemejaban un homenaje cósmico a la creación, y de cómo nos imbuiste la idea de que esa ciencia milagrosa es en sí misma una forma divina de conocimiento. Es la ciencia la que abre el camino a la teología. A través de las matemáticas, de su mano, alcanzamos el entendimiento de los impenetrables conocimientos metafísicos. Mis inquietudes y objeto central de mi carta, además del apoyo y preocupación hacia mi maestra antes mencionado, tienen su origen en una frase del discípulo del maestro Platón. Esa frase del indecible Plotino ha estado orbitando a mi alrededor toda mi existencia, como lo hacen los planetas alrededor de los astros. El maestro, buscando romper las cadenas que nos unen a la materia, sostenía: «Entrégate a las cosas superiores y por completo a la contemplación de la realidad y del origen de las cosas mortales».

Bien. Creo que ese estado de liberación total de las emociones y de los afectos hacia todo lo material es muy complejo de alcanzar. Recuerdo que fuiste definitiva con ese alumno que se enamoró de ti, idealizándote. Aprendió la lección cuando, para transmitirle esta idea de desapego a lo físico, le mostraste la cara más encarnada de ti misma; tu feminidad menstrual. Ese choque —de bruces— contra la realidad le hizo recapacitar y entregarse, desde ese día, a lo espiritual. Sin embargo, este

hecho anecdótico no me hará desviarme de lo sustancial: ¿Cómo puede el ser humano entregarse a lo superior, tal y como propugna el filósofo, si no tiene cubiertas sus necesidades mínimas materiales? Somos privilegiados, como antes comentaba, puesto que todos tus discípulos nacimos en el seno de familias acomodadas. Pero la pobreza física ronda a nuestro alrededor recordándonos la miseria moral de nuestros corazones. Antes no fue así, pero ahora el Imperio se resquebraja en mil pedazos y en cada uno de ellos infinidad de almas suspiran por un trozo de pan. ¿Quién se va a acordar de Aristóteles o Porfirio si los harapos de los campesinos hieden mientras se dejan los años, el sudor, en una agricultura de subsistencia que no alcanza el umbral digno?

Mis palabras podrían generar un encendido debate arguyendo mis antagonicos que el que no tiene nada también puede alcanzar lo Uno, la sabiduría infinita, a través de la meditación. No lo niego. Lo que me parece claro es que será mucho más asequible la cumbre espiritual si se dan ciertas condiciones. Me gustaría poner de relieve dichas premisas, además de la ya mencionada. Por ejemplo, los que disponiendo de un estómago lleno tenemos, sin embargo, un difícil acceso a la cultura. Desde que al morir tu padre te pusiste al frente de la Biblioteca erigiéndote como su guardiana, te habrás hecho consciente de que las joyas bibliográficas que allí se guardan son privilegio de unos pocos. ¿Quién se va a dedicar a la contemplación y estudio del cosmos si antes no ha leído a los clásicos? Esa transmisión cultural debería llegar a las cuatro esquinas del mundo, a todos esos lugares de los que nos habló Sófocles. No tengo la solución, pero imagino ejércitos de escribientes realizando millones de copias de los pergaminos y ejércitos ecuestres para difundirlos. Además de los factores mencionados, no podemos olvidar esos jinetes del Apocalipsis que nos rondan: el hambre y las enfermedades.

En fin, para terminar quería reiterar lo importante que es para mí hacerte partícipe de mis reflexiones, puede que un poco inconexas y que quizá tengan mucho de aristotélicas por su pragmatismo, lo admito. Asimismo, me hubiera gustado verte por muchas razones e incluso alguna práctica; mi ascensión al episcopado ha generado algunas dudas teológicas que ya le transmití a mi hermano Euoptio, y que querría haber debatido contigo. Supongo que él me relevará como obispo de la Tolemaida cuando yo muera y, con certeza, desempeñará sus funciones mucho mejor que este humilde servidor de Dios. Hoy, quizás más que nunca, necesito a mi guía para que me lleve hacia la Luz; no a los filósofos de mentira de manto blanco o a los monjes farsantes de manto negro. La filosofía mística que nos enseñaste basada en la virtud, la belleza, la contemplación, ¿de veras choca de forma frontal con lo que dicen los Evangelios? Mi amada, mi querida, mi santa, mi theios, Hypatia, ¿no es cierto que Platón y Jesucristo plantean los mismos conceptos casi con las mismas palabras, pero desde diferente prisma?

Te ama, por siempre, por toda la eternidad,
Sinesio

—Allí nos reuniremos, mi amado Sinesio. En el fin de la eternidad, donde para los cristianos residen Dios, los santos y los poetas que descifraron el cielo. Yo creo que seremos polvo de estrellas, aunque espero que de la misma —dije en voz alta mientras plegaba la carta de mi amigo.

Era la primera vez que la leía y también sería la última: sus palabras calaron en mí con profundidad, pero la realidad golpeó a mi puerta bruscamente disipando el recuerdo.

XI

LLEGUÉ A LA ENCRUCIJADA, aunque sería más correcto denominarla callejón sin salida. No tenía duda al respecto cuando divisé, en medio de un tumulto de griegos, al monje Filamón. Dos cretenses discutían de forma acalorada con un rodio y un macedonio. El religioso parecía mediar para que no brillaran las hojas de sus dagas. El adverso clima entre judíos y cristianos parecía haber contagiado a toda la ciudad. En otros tiempos, Filamón había asistido a mis clases con idea de acumular pruebas contra mí y mi paganismo. Sin embargo, el efecto fue el contrario; según sus propias palabras:

—La experiencia vital de tus lecciones en las que, incluso, se cantan himnos para acentuar la cognición y se representa a Virgilio, me han dejado una huella indeleble. Cirilo me había advertido antes de sumergirme en ese microcosmos helénico: «Serás el hazmerreír de todos y escaparás avergonzado; ella es más sutil que una serpiente e incluso ha conseguido que el prefecto imperial, Orestes, deje de ir a misa...». Pero, como es obvio, se equivocaba.

A pesar de las sibilinas advertencias, la relación profesora-alumno derivó en una amistad de sólidos eslabones. Por esa razón, cuando el monje me vio se le descompuso el rostro. En cuanto se enteró de lo que iba a suceder se había dirigido presto a avisarme, hasta que topó con esa reyerta; Alejandría era una espesa marea de descontentos de todo pelaje por la que era difícil avanzar. Sin bajarme del carruaje que ya había detenido el conductor, vi mi propia muerte pintada en la cara de ese hombre.

Una turba de indoblegables cimarrones se empezó a abrir paso hacia el carro. El viejo que lo conducía, al percatarse de la situación, salió corriendo como llevado por el diablo. Dos docenas de hercúleos parabolianos abrían paso a golpes a más de

cien monjes que irradiaban fuego por sus ojos. Un grupo de galos semitas tuvo la desafortunada idea de hacer frente a la serpiente humana de odio y terminó cosido a machetazos. Divisé desde mi atalaya lo que se me venía encima, pero reaccioné como decían los griegos, con *sôphrosynê*, con un autodomínio que hasta a mí misma me sorprendió. Ya no podía escapar; la muchedumbre, huyendo de los salvajes, había bloqueado el paso al caballo. Antes de que se consumara la tragedia, y tal y como lo había soñado, hice acercarse a Filamón. Una vez ubicado a mi vera me agaché despacio hacia él, sin descender del carruaje. Calculé que disponía de apenas unos instantes. Tiempo suficiente. Entonces yo, Hypatia de Alejandría, hija del astrónomo Teón, me acerqué al oído del monje y susurré unas palabras:

—Busca a Herculiano, alto funcionario de Teodosio, y dile de parte de la hija de Teón... —El religioso cerró los ojos con fuerza para recordar con precisión mis palabras o quizá para no ver la jauría mortal que se nos venía encima...

... Donde el cíclope ígneo termina de trazar la trayectoria de las naves empieza, asimismo, a pintar la senda de la sabiduría. La nueva zarza ardiente dictará el rumbo para el hombre, ungiendo con los pilares del conocimiento.

En ese momento Filamón voló, despedido por el manotazo de un paraboliano. El hombre, maltrecho en el suelo, continuaba con los ojos cerrados y su boca dibujaba palabras sin cesar. Pero no estaba rezando; consciente de su trascendencia, repetía una y otra vez lo que le había dicho. Fui cogida en volandas y llevada hasta Pedro, el lector, monje líder de la revuelta. El único motivo por el cual mi antiguo alumno y amigo no terminó pisoteado y muerto por la masa fue por su condición de religioso; conocía a muchos de los insurgentes y su antigua amistad con Pedro le salvó la vida. Y ello nos salvó a todos.

La horda de incondicionales al obispo, tras alcanzar el carruaje, me sacó con extrema violencia de él, arrastrándome hasta la iglesia del Cesarión.

XII

DESDE LA PERSPECTIVA del vulgo, una mujer encaramada a la élite intelectual y económica, la que me proporcionaban mis alumnos, no generaba especiales simpatías. Así que la masa anónima no movió un dedo. «A quienes Dios quiere destruir, primero los enloquece» decía el bueno de Eurípides. Y para mí es un loco aquel que mira para otro lado cuando se desmorona el mundo a su alrededor.

El escenario de tan atroz deshonor, el antiguo templo de culto del emperador, y la fecha elegida parecían unirme por un hilo invisible con otro personaje histórico, mucho más conspicuo que yo: ni Julio César ni una servidora supimos guardarnos de los *idus* de Marzo. La suerte que corrí ya es conocida. El hecho de mi desaparición física acaeció tal y como fue trazado en mis sueños.

Los monjes me desnudaron por completo o, para ser exacta, me arrancaron la ropa con violencia en una fuente ya dentro del antiguo templo. Luego me dejaron unos minutos de pie, con el agua llegándome a las rodillas, convertida en el epicentro de todas las miradas. Una vez allí, la conjunción de la luz que se filtraba por las vidrieras iridiscentes, mi serenidad, los nenúfares que cubrían parte de mi piel y la brisa de violetas que siempre me precedía, me hicieron sentirme más bella y segura que nunca. Algunos monjes parecían desconcertados ante la que luego describirían, amplificando la realidad, como la «casi mitológica fuerza de su imagen».

Me ruboriza más relatar la escena que otrora vivirla, así que parafrasearé a un buen cronista de lo sucedido, advirtiéndome no obstante la carga de exageración poética que tienen sus palabras. De todos los textos, reconozco, este es el que más alimenta mi ego por épico, algo que necesito en mi situación actual: la soledad más absoluta y demoledora que puede sentir cualquier ser pensante. Solo añadiré un dato al escribiente: Mi dolor de cabeza había desaparecido por completo.

El texto decía lo siguiente:

XIII

«LA POTENCIA INCLEMENTE DE SU SABIDURÍA, CONCENTRADA EN SUS OJOS, LA DOTABAN DE UNA HERMOSURA HOMÉRICA QUE NUNCA TUVO DE MÁS JOVEN. ESTA BELLEZA SE VEÍA REFORZADA POR UNA SERENA SONRISA QUE, ANTE LA INCREULIDAD DE SUS PRONTO ASESINOS, PINTABA SU ROSTRO. SU DULCE BOCA SE AMPLIÓ HASTA CONVERTIRSE EN CARCAJADA; LOS VIOLENTOS SE FROTABAN LOS OJOS SIN CREER LO QUE VEÍAN. ¿QUÉ TENÍA DE GRACIOSO ESTAR A PUNTO DE FENER DE LA FORMA MÁS HORRIBLE IMAGINABLE? ANTES DE MORIR, HYPATIA LA ALEJANDRINA, BUSCÓ EN SUS ÚLTIMAS PALABRAS UN PENSAMIENTO AL QUE ABRAZAR, Y LO ENCONTRÓ EN LA PROPIA VISIÓN FUTURISTA QUE TUVO DORMIDA, CERRANDO UN CÍRCULO TRAZADO CON EL COMPÁS DE LOS DIOS. SE RECORDÓ A SÍ MISMA, EN SU PROFÉTICA EXPERIENCIA ONÍRICA, SUSURRANDO LAS NEOPLATÓNICAS PALABRAS QUE, SEGÚN CUENTA LA LEYENDA, PRONUNCIARÍA. EL LIRISMO DE LOS OJOS DE AQUELLA ERUDITA, EN EL MOMENTO DE MORIR, ESCONDÍA UN SECRETO INENARRABLE ENVUELTO EN LAS ESQUIRLAS DEL HELENISMO QUE REPRESENTABA:

MI CUERPO MORIRÁ, PERO MI ALMA SERÁ ENTONCES UNIVERSAL Y VAGARÁ POR LOS SIGLOS HASTA QUE LA HUMANIDAD ENTERA ALCAN-CE EL NOUS, LA SABIDURÍA MÁXIMA QUE EMANA DE LO UNO.

UNA VEZ ALLÍ, EN INDECIBLE AQUELLARRE, LA DESHONRARON Y LA DESOLLARON VIVA PROVISTOS DE FRAGMENTOS DE CERÁMICA Y CON-CHAS HASTA SEPARARLE LA CARNE DE LOS HUESOS CON UNA SAÑA INCONCEBIBLE. LUEGO, LA ENLOQUECIDA MUCHEDUMBRE DE FANÁTICOS LA DESPEDAZÓ ARRANCANDO SUS MIEMBROS UNO A UNO. ACTO SEGUIDO, SUS RESTOS FUERON ARRASTRADOS HASTA UN LUGAR LLA-MADO CINARON Y ALLÍ LOS QUEMARON CON INAUDITA BARBARIE, DEJANDO AL SER HUMANO EN EL ÚLTIMO PELDAÑO DE LA PIRÁMIDE EVOLUTIVA.

—TUS DIOSES HAN QUEDADO REDUCIDOS A POLVO A LOS PIES DE CRISTO VICTORIOSO, PAGANA RECALCITRANTE —MASCULLÓ EL PATRIARCA CIRILO CUANDO LLEGÓ A SUS OÍDOS LO ACAECIDO, DOTA-DO DE UN INQUIETANTE FULGOR LUCIFERINO EN LA MIRADA. DESPUÉS DE ESTAS PALABRAS Y ATEMPERANDO EL ODIO DE SUS PUPILAS AÑA-DIÓ—: QUE THEOTOKOS, MADRE DE DIOS, SE APIADE DE SU ALMA Y LA REDIMA ALLÁ EN EL REINO DEL PADRE.

LOS ASESINOS JAMÁS FUERON CASTIGADOS.

ORESTES FUE DESTITUIDO Y NUNCA SE VOLVIÓ A SABER DE ÉL.

CON LA MUERTE DE AQUELLA MUJER TESTARUDA PERO DE OSTENSIBLE DELICADEZA MORAL, ASCETA, PROFESORA DE ONTOLOGÍA Y ÉTICA, DE TITÁNICA FORTALEZA DE CARÁCTER, QUE SUPERÓ A TODOS LOS FILÓSOFOS DE SU TIEMPO, MURIÓ UN UNIVERSO. CON SU MUERTE FENECIE-RON, ASIMISMO, LA LIBERTAD DE INVESTIGACIÓN Y PENSAMIENTO, HOMERO Y PLATÓN, LA IMPRONTA ROMANA Y GRIEGA. CONCLUYÓ, JUNTO A ELLA, ESA ÉPOCA JASPEADA DE PERFECCIÓN Y CONOCIMIENTO QUE FUE LA ANTIGÜEDAD. SU DESTINO ERA REUNIRSE CON LOS DIO-SES, PARADIGMAS DE BELLEZA Y SABIDURÍA, AUNQUE IMPREGNADOS DE LA INEQUÍVOCA CONDICIÓN HUMANA. ES LÍCITO PREGUNTARSE:

¿QUÉ HUBIERA SUCEDIDO SI NO HUBIERA MUERTO LA SABIA ALEJAN-DRINA? ¿QUÉ HUBIESE OCURRIDO SI AUN MURIENDO HUBIERA PODIDO PRESERVAR EL TESORO MÁS PRECIADO, QUE SIMBOLIZABA EL CONOCIMIENTO, CON MAYÚSCULAS?

¿QUÉ LE HUBIERA DEPARADO A LA HUMANIDAD SI SE HUBIERA SALVA-GUARDADO, DE ALGÚN MODO, EL INGENTE Y VALIOSÍSIMO VOLUMEN DE INFORMACIÓN DE LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA?».

AGAMENÓN II DE DAMASCO
Crónicas de una diosa en la Tierra

Bien, aquí acaba la breve, bella e idealizada, insisto, crónica del amanuense que tanto me honra. Y ahora cabe preguntarse: si había desaparecido, ¿cómo es posible que pueda estar contando todo esto desde un futuro?

La cuestión quizás sea: ¿Por qué todo lo que yo una vez fui, Hypatia de Alejandría, tendría que desaparecer por completo con mi muerte física? Primero de forma tímida, como una golondrina al viento, trataría de mellar la eternidad que se erguía ante mí. Pero si la sutileza no funcionaba no estaba dispuesta a desinte-grarme con mansedumbre, a hacerme soluble en el universo, a diluirme en el cosmos, como lágrimas en la lluvia, como un grano de arena en las orillas del infinito. Todavía tenía mucho que hacer.

No. Jamás. Lucharía contra las propias estrellas, contra todos los dioses si hacía falta. Nunca me rendiría, aunque me costase el fuego eterno, la ira de los señores del universo. Jamás.

Los que lean estas palabras que siguen serán testigos.